

conocimiento podrían llevarnos a tiempos de ingrato recuerdo. En este sentido, el valor de Cano como cronista estriba en haber coleccionado estos hechos y estos diálogos y mostrarlos ahora como legado para un tiempo más libre y lleno de futuro.

Poesías Completas (1942-1984): Los versos de José Luis Cano

En la introducción a este libro dice precisamente Vicente Aleixandre: «Cuando veo a José Luis Cano, en su traje de la ciudad, en una habitación donde la luz se desmiente entre paredes que la cuadrículan, pienso en el andaluz que se crió con pies desnudos sobre las arenas vívidas de la costa». Pronto veremos cómo esta crianza a orillas del mar ha influido en la poesía de Cano.

Poesías Completas (1942-1984),² va a reunir el trabajo poético de Cano casi hasta hoy y lo hace de forma ordenada y sistemática. Los «Sonetos de la Bahía» reúne versos de 1940-1942 y de ellos decía Dámaso Alonso: «Sobre la luz dorada de la bahía, qué bella se desnuda la delicada, la difícil adolescencia del verbo». Sucede que Cano nació el 28-XI-1911 en Algeciras, y para él aquella había es su propia cuna, su propio encuentro con la infinitud y con el misterio de la vida. Así dice:

Doliente vas y enamorada, oh luna,
por este mar cautivo, ahogadamente,
evocando un amor, un sueño, una
vaga melancolía sin oriente.

Los atardeceres, la playa, la arena son vehículos para derramar todo el amor del poeta; surgen nuevos paisajes, la luna les transforma, y existe una pasión dulce y arisca por un trozo de mar o una alondra volando «sobre el desnudo azul de la bahía», y ello se va configurando con imágenes nítidas de amores sosegados, de paisajes tranquilos, de versos bien medidos, rotundos, repletos de vehemencia, cálidos y oportunos. El poeta acude aquí al formalismo y nos deja una historia del mar que nunca le abandona y que rebosa sensaciones, trozos de amor que se hacen libro.

Voz de la muerte contiene versos de 1940-1944, dedicados a María Teresa, repletos de la violencia verbal que tan negra figura nos refleja, y, sin embargo, Cano nos los ofrece con una comedida lentitud, como si quisiera indicarnos que hemos de leerlos repensando cada palabra y sintiendo en nuestra propia carne la desazón de tal augurio fatal. Así, en el homenaje a Bécquer que titula «Elegía a unas manos muertas», dice:

Esas aves calladas ya no ignoran
la muerte que es venida.
¿No veis cómo repasan raudamente
la tarde sorprendida?

Todo tiene una especie de voz interior, de susurro, que nos acerca a los linderos de lo desconocido, tratando de enfrentarnos no a la muerte, sino a un mundo de paisajes

² José Luis Cano, *Poesías Completas (1942-1984)*. Plaza & Janés (*Selecciones de Poesía Española*). Barcelona, 1986; 200 págs., 750 pts.

diferentes y de prolongadas ausencias, como si se tratara de conocer otros abismos y de convivir desde ahora con tan fatales designios. Versos libres de muy bella factura musical y de acertadas intenciones elegíacas.

Las alas perseguidas (1940-1945) contiene versos aún de juventud, voces alborotadas ante un paisaje o ante el nacimiento de un amor, alegrías inquietas frente a alguna violencia, resentido vigor ante quien ya no existe. La mayoría son versos libres, musicales y amplios, con bella sonoridad y escogido lenguaje, pero también alterna con varios sonetos, de delicada configuración, como el dedicado a Miguel Hernández:

Cuando estaba en tu vida esperanzado
por verte y ser tu amigo y conocerte,
vino esa madrugada y esa muerte
y ese grito de amor desesperado.

Otoño en Málaga y otros poemas (1949-1954) que el poeta dedica a su hija Teresa nos ofrece versos donde el otoño todo lo magnifica, al tiempo que hace posible el amor y la contemplación tranquila de una calle, de unos labios, de un cielo con sus pájaros vagabundos. Versos de un lírico entusiasmo donde aparece un halo de eternidad embargando las cosas, cerrando los silencios, insertando a los hombres en esa libertad que les da la aventura:

Poca cosa es lo que hace falta a veces para sentir la dicha:
una luz, una flor, una brisa, una mano en la nuestra,
o esta tarde que parece de carne, de suavísimo nacar,
tarde entregada para un mirar lentísimo,
para despacio entrarla, como un sueño, en el alma,
para besarla pura, inmaterial, celeste.

Los versos siguientes tienen una independencia temática. Son «Cuatro sonetos a mi hija Teresa» y «A mi soledad», los primeros de una alta emotividad, como si cuanto existiera al otro lado de la hija, del ser querido, no tuviera ningún valor, no estuviera, como si el hombre se hiciera plenitud ante esa «maravilla de luz o rosa ardida» que todo lo puede, que todo lo anula, que es capaz de borrar las quimeras de dolor o huir de la tristeza; la carne se hace carne y la sensatez se vuelve locura y frenesí ante el sobresalto de un llanto o la «niñez dormida». El siguiente poema es una reflexión del poeta ante su propia soledad, en el que inquiere por su presente gracias al abandono anterior.

Con una dedicatoria «Al recuerdo de Emilio Prados, que me enseñó a amar las playas malagueñas» nacieron los versos de *Luz del tiempo* (1961-1962), como canto a la belleza, creadora de armonías imperecederas, y al mar que todo lo purifica y lo transforma, creador de luz y de amplias libertades, acaso imaginadas en la mente aún pura del poeta. Una polvareda musical queda al paso de los versos y un rumor de voces encadenan los silencios habidos tras la contemplación y la inquietud del tiempo pregonado:

... Contempla, pues, y vive
esta belleza sola, puro sueño en el tiempo,
lento olvido lejano de un dios que así perdura.

Los llamados «Poemas crepusculares» son evocaciones reposadas de otro tiempo, de otras compañías, de aquella lejanía del mar haciéndose dulzura en los momentos de

la incertidumbre o de la insatisfacción: es el hombre surcando paisajes que ahora quedan lejos pero que ayudan a seguir, a descubrir aún un mundo largo en que habitar silencios: «El territorio de la nada es a veces el más inesperado».

Los *Poemas para Susana* son un triunfo del amor, de la pasión más sincera, a modo de historia vivaz que recorre el corazón del poeta en la seguridad de que cuanto suceda permanecerá aún después de las miradas. Versos que no quieren nunca ser nostálgicos, por la presencia que del ser amado van dejando en la piel del poeta tras haber transformado su propia identidad, su ignota soledad y su nueva melancolía de ser maduro hollando como niño las primeras esencias de lo desconocido que tiene todo amor. Se nos transmite cierta candidez del hombre ante la figura de la mujer a la que espera y esos versos van dibujando un ser perfecto que reinará después de haber existido; sólo después, tras la última prosa poética, la amada emprende el vuelo y es el amante quien ya se siente muerto.

Retratos y evocaciones cierra el libro con once bellos poemas en los que aparece la amistad más pura, el dolor más certero o el más hondo afecto al dirigir los versos a Aleixandre, a Jorge Guillén, a Dámaso Alonso, a Gerardo Diego, a Ridruejo, Blas de Otero, Claudio Rodríguez, Gloria Fuertes, José Menese o a Marco, nieto del poeta. Es un verdadero recorrido por la vida, por la eternidad y por la primera luz, implicando a sus protagonistas en los laberintos de la existencia y en la sonoridad del olvido o el bullicio de la creación. Pero si de Gerardo Diego dice: «Iba soñando despierto, / presuroso en su vagar», para su nieto pide:

Quiera el amor guardarle con sus alas doradas
y en él descanse siempre de su combate diario.

Manuel Quiroga Clérigo

Las muchas huellas de Faulkner*

Al mirar con ojos de lince el panorama de la narrativa de nuestra postguerra civil, María Elena Bravo observa que durante casi un cuarto de siglo apenas se percibe en España la presencia de W. Faulkner, bien porque sea un escritor de difícil lectura, bien

* *María Elena Bravo*, Faulkner en España. Ediciones Península, Barcelona, 1985.